

ECH



EL NUDO APRETADO DE LA CORBATA

#4 CAMINO AL PURGATORIO

#Capítulo4



Camino al purgatorio

Han pasado varias jornadas de silencio desde que la imagen del gato siendo aplastado por el cura perverso casi colapsa mi corazón de genuino júbilo, aunque el mínimo fuera simplemente la víctima colateral de mi propósito. En mi tortuoso cerebro se repite, como una máquina sin fin, la caída de ambos en secuencia, dejando una última imagen adherida a mi cerebro que se quiebra con la rotura de la pantalla del móvil por el porrazo nivel Dios que se pega una y otra vez el endemoniado cura contra la calzada.

Jornadas que no uso en el sentido del tiempo que se tarda en ganar un jornal, más bien, el tiempo que tardo en transformar el aire y el polvo desde la estanqueidad quieta hacia la estanqueidad circular. Porque todo está estanco en mi cápsula existencial, o más o menos, ya que convierto a mi antojo en dinámica lo que es cinética sólo en mi cabeza.

El silencio me taladra los oídos angustiados en una espera que no tiene meta. Ni un pitido, ni una alarma, la quietud representada en una línea plana de decibelios de cámara anecoica que no aspira ni a respiración sosegada, porque poco sosegada estoy, pero tampoco a susurro ni a rumor de biblioteca. La nada se hace sonido en mi estanco hermético. Varias veces, en esos lapsos de tiempo sin unidad de medida homologada, intenté reactivar el auricular del móvil. Sin embargo, alguien más diestro que yo lo volvía a apagar antes de que el rumor de nuevos sonidos fuera captado por mis sensores.

En estos trayectos de tiempo condensado, he revisado la prensa de forma obsesiva buscando el obituario, la necrológica que confirmara el final de la existencia del villano profanador de no quiero saber qué.

He leído de cabo a rabo, periódicos y periódicos en la pantalla, escudriñando que, no buscando, la pista que liberara mi tranquilidad. Todo ha fallado hasta el momento. La gente es tan práctica que ya no despiden ni a sus muertos. Y a este difunto no le debe querer ni su congregación, gracias entre otros a su idea magnífica de hacerse teleconfesor. ¡Eso duele!

Ahora mismo lo estoy intentando de nuevo, porque la desesperanza no es parte de mi ADN. El polvo con aire bajo en oxígeno si forma ya parte de mi ácido desoxirribonucleico. Se ha mezclado en el helicoide creando una forma nueva de ADN que no prospera con la luz natural ni con el aire lleno de impurezas naturales.

Lo hago con desgana, con el dedo presto a interrumpir la secuencia cuando oigo un rumor de voces apagadas. Aumento el volumen hasta el nivel de dolor, me da igual

que estallen mis oídos, tengo que saber que verbalizan esos murmullos.

- Señora, usted no puede estar aquí. El horario de visitas ha terminado hace una hora. Y solo pueden venir familiares – habla una voz nerviosa y un poco alterada, pero intentando mantener un murmullo de conversación.

- Señorita, soy su mujer, ¿qué se imagina usted? Me he enterado por el portero del accidente y he venido tan pronto como he pillado el primer avión con destino a esta tierra de prohibiciones, – contesta una voz altiva con acento a cuna alta y servicio. Intenta empatar el nivel de la primera voz, pero está nerviosa y suelta algún gallo amortiguado.

- Señora, no se moleste, pero el casi finado, es cura. No puede ser usted su esposa – contesta la primera voz con algo de sorna y queriendo dar una puñalada moral a la listilla con un susurro difícil de empatar.

- Los curas tienen historia, señorita, y yo le digo que este señor es mi marido. He venido de muy lejos y necesito saber cómo está – remata la segunda voz, esta vez más segura con el tono y el volumen.

- Como usted quiera, yo no le voy a discutir que el sol sólo sale por el día, pero tendrá que esperar a mañana, a la hora de visita del médico, para que éste le indique el estado y probabilidades de su supuesto marido.

- Vale, nos vamos entendiendo – contesta nerviosa la segunda voz un poco más calmada -. ¿A qué hora es la visita el médico?

- Hacia las doce, pero hacía, no a las doce. Es un tiempo abstracto y no determinado. Le aviso para que venga con los nervios más templados que hoy y la voz más queda – remata la primera voz que no ha perdido las ganas de retar a la señoritinga.

- De acuerdo, vendré pronto, no tengo otra cosa que hacer

que ver a Nacho. Y a poder ser vivo, que viendo el servicio de este hospital ... – contesta altiva y vengativa la segunda voz.

- Señora, aquí no hay servicio ni servidoras. Somos profesionales de la medicina y si su marido está de salvarse se salvará porque vamos a hacer todo lo posible para que ello ocurra, aunque sólo sea por llevarle a usted la contraria – contestó significativamente alterada la primera voz girándose de una forma tan brusca que se escuchó el frufrú de la bata almidonada al rotar violentamente.

Ya no esperaba escuchar nada más, salvo ...

- ¿Qué hace este cacharro encendiéndose solo? Tome, es de su “marido”. A lo mejor es útil para usted – y la muy petarda de la profesional de la medicina entrega el móvil hackeado a la esposa imposible, dejándome con la boca abierta de par en par.

Gracias, me contesto tímidamente a mí misma.

La interpelada se ha debido meter en un bolsillo o en el bolso el codiciado dispositivo porque no escucho nada, pero el sistema me dice que sigue encendido.

Activo el GPS para ver donde está ubicado el teléfono y la soberbia señora. ¡Bingo! El Virgen de las Luces. Conocía el sitio, ¡válgame que lo conozco!

Sigo el trayecto del móvil que deduzco va dentro de un vehículo por la aceleración del puntito que chiva la ubicación. Después de varios giros y vueltas sin sentido de alguien que no conoce la ciudad, aparca. La señora déspota, no el móvil, naturalmente.

Era el domicilio del padre Loyola. Al final iba a tener suerte. ¡Eureka, Eureka, Eureka!

Tengo que hacer balance. El cura está en la UCI del Virgen de las Luces, lugar donde me conocen, por otro lado, en un

estado bastante lamentable a lo que parece porque el paciente no interacciona con la enfermera, ni con la mujer ni con el móvil. Con suerte se ha quedado en coma, inhabilitándole para la eternidad, pienso con odio enfermizo.

Mañana voy a saber muchos más detalles gracias a la visita del móvil al médico en su hora de cháchara idiota sobre probabilidades y procedimientos.

Ha aparecido un nuevo actor en este vodevil de venganzas y deseos retorcidos, la supuesta mujer de un cura, que he de estudiar detenidamente, a ver si está o no en el ajo de la perversión del padre Loyola con mi Albertito traficando felicidades, poemas y dones. Desde luego es una grandísima pecadora que ha roto con el voto de castidad del infeliz y vete a saber con qué otros votos. Además de ser una prepotente y una malcriada. Vamos, que me cae, pero que muy gorda.

Y finalmente está el finado gato del que nadie habla, olvidando que su protagonismo ha sido el causante de una gran hazaña: el aplastamiento de los piños, la boca, la nariz y parte del cerebro, del padre Loyola.

El gato tiene que ocupar un lugar de honor en toda esta aventura disparatada, incluso para mí, pero los muy-muy no sueltan prenda sobre tan dócil animalito que, olvidando su sentido de supervivencia, se había arrojado al vacío para acabar con la vida de aquel enviciado.

Seguía limpiando y limpiando un polvo que ya solo mi mente hacía cuerpo, relamiéndome por mi proeza cuando sonó fuerte, vibrante, bien templado, la alarma de la cámara del padre Loyola.

Aquella cotilla de marca mayor debía ser la mujer del cura

porque solo la esposa de alguien es lo suficientemente sagaz para conocer las claves de todos los dispositivos del marido, aunque no tengan intercambio sexual desde antes del cambio al euro.

Y de repente la veo, en mi pantalla de 60 pulgadas para evitar usar las lentes de ver. La nariz, demasiado cerca de la pantalla como buscando algo, parece un gancho infinito.

Busca un fichero o una carpeta. Se separa de la pantalla y ya puedo observarla con la perspectiva correcta, colocando alrededor de aquella imponente nariz el resto de los afeites de una cara como Dios manda.

¡Dioooooooooos!;Qué susto!

¡Pues no es fea ni nada la mujer del cura! Una nariz, la primera pieza de su informe cara, que termina a casi una legua de los infelices agujeritos que la permiten respirar. Los ojos pequeños, sepultados bajo unos párpados pesados, buscan su lugar en la magnitud de la cara de luna que los acoge. Los labios se le adivinan finos de natural, de los de sonrisa sardónica, pero han sido hinchados en exceso con botox. La víctima no se ha sentido feliz con el resultado porque un labial los perfila con tonos ocre para reducir el efecto del químico.

Pero lo más sorprendente es esa faz redonda como un balón de primera regional enmarcada por un pelo alisado a media melena, que intenta alargar la fisionomía, pero que fracasa, dando la imagen de una peluca de carnaval decorando una pelota.

Para colmo de desmanes, la doña saca la lengua mientras realiza las operaciones de búsqueda en el ordenador, creando una imagen bastante cómica, incluso para mí.

Cómico y bastante entrañable, que tampoco se deben escamotear los epítetos, aunque tenga las mañas que tengo.

Lo cierto es que ese gesto era muy Albertito, mi hijo lo hacía mientras rellenaba las hojas de los deberes o cuando reflexionaba sobre la vida y sus poesías idiotas. Aunque él siempre lo hacía mirando al cielo para buscar la inspiración de la que era tan falto.

Ese gesto me reconcilia con la horrorosísima imagen que se acerca y separa de la pantalla creando un efecto muy Valerio Lazarov.

Es fea, es verdad, pero que muy fea, aunque tiene gestos simpáticos, el maquillaje es suave y delicado, y viste con gusto. Con el gusto de tener mucho dinero y el criterio de que menos es más. Si no fuera por esos labios glotones, se podría decir que es perfecta dentro de su imperfección.

Suma cero, de nuevo.

Mientras ella busca y busca, yo rebusco su búsqueda.

Lo ha encontrado, se nota en la cara y en especial, en esa nariz que aletea como si fuera a tragarse todo el aire de la habitación. Está claramente hiperventilando. Mira que se lo tenía dicho a mi Albertito, nada de respirar a lo tonto que terminaba KAO por déficit de CO2.

La mujer elegante de cara disímil estaba a punto de caer el suelo si seguía aspirando sin control. Le envío un pitido para que se concentre en el celular: “La hora del médico es mañana a las 11”.

El mensaje la distrae y vuelve a respirar normalmente. Se le nota porque le vuelve algo de rubor a esas mejillas amortajadas en maquillaje de color carne falsa.

Su memoria flash ya ha copiado los archivos que buscaba,

pero antes de que los intente borrar, otra copia vuela por las redes de fibra, satélite y de radio hacia mi servidor. Seguro que ocultan un magnífico secreto que me permitirán tener a esa pareja bajo mi control absoluto. Orden y control, palabras mágicas.

La mujer saca la memoria con cuidado del ordenador y la guarda en un bolso de marca, como un saco de cuero para meter tres docenas de botellas de brandy.

Va a necesitar un detector de metales para encontrar la memoria en esa inmensidad.

Se levanta nerviosa y se acerca a un rincón fuera del alcance de la máquina. Se escucha el tintinear de unos cubitos de hielo sobre un vaso de culo gordo, y el vertido generoso de un líquido.

Se acerca al ordenador con lo que parece un whisky a la roca, y busca canciones en el ordenador del cura, pero solo salen canciones de misa y algún gregoriano.

Pero no se desespera y busca en youtube hasta que encuentra al fantástico Raphael, “Qué sabe nadie”.

“ Qué sabe nadie
lo que me gusta o no me gusta en este mundo
Qué sabe nadie
lo que prefiero o no prefiero en el amor ...”

Por lo menos tiene buen gusto para la música, pienso para mí evitando mirar esa nariz pegada a su esfera, mientras concentro mis sentidos en descifrar el contenido de los archivos violados y eliminados del padre moribundo.

Estoy a punto de descubrir la clave para abrir los documentos prohibidos, es bastante fácil si sabes la fecha de nacimiento del casi difunto y algún detallito que he ido conociendo de fisionomía por ese ordenador desordenado.

Estoy por cantar Eureka de nuevo cuando levanto los ojos y

veo a la mujer del cura con una camiseta que se me hace conocida. Se ha cambiado de ropa y está cómoda escuchando música y tomando como un adolescente en la prepa de un carrete.

Esa camiseta me recuerda algo. ¿Dónde he visto yo antes a ese conejo?

¡Eureeeeeeeeka! He violado la seguridad tontorrón de la carpeta mancillada y tengo a mi disposición los secretos de esta pareja.

¿Qué ha puesto tan nerviosa y después tan borracha a la supuesta mujer del supuesto pervertidor de la supuesta alma poética de mi Albertito?

Sólo faltan unos pocos párrafos para desvelar el secreto. No se vayan que queda tela.

Escrito por:

Duquesa de Eboli

 atrabiliario.com/el-cielo-hermetico/

 myrcarromero

 myrcarromero

 @duquesadeeboli

Editado por:

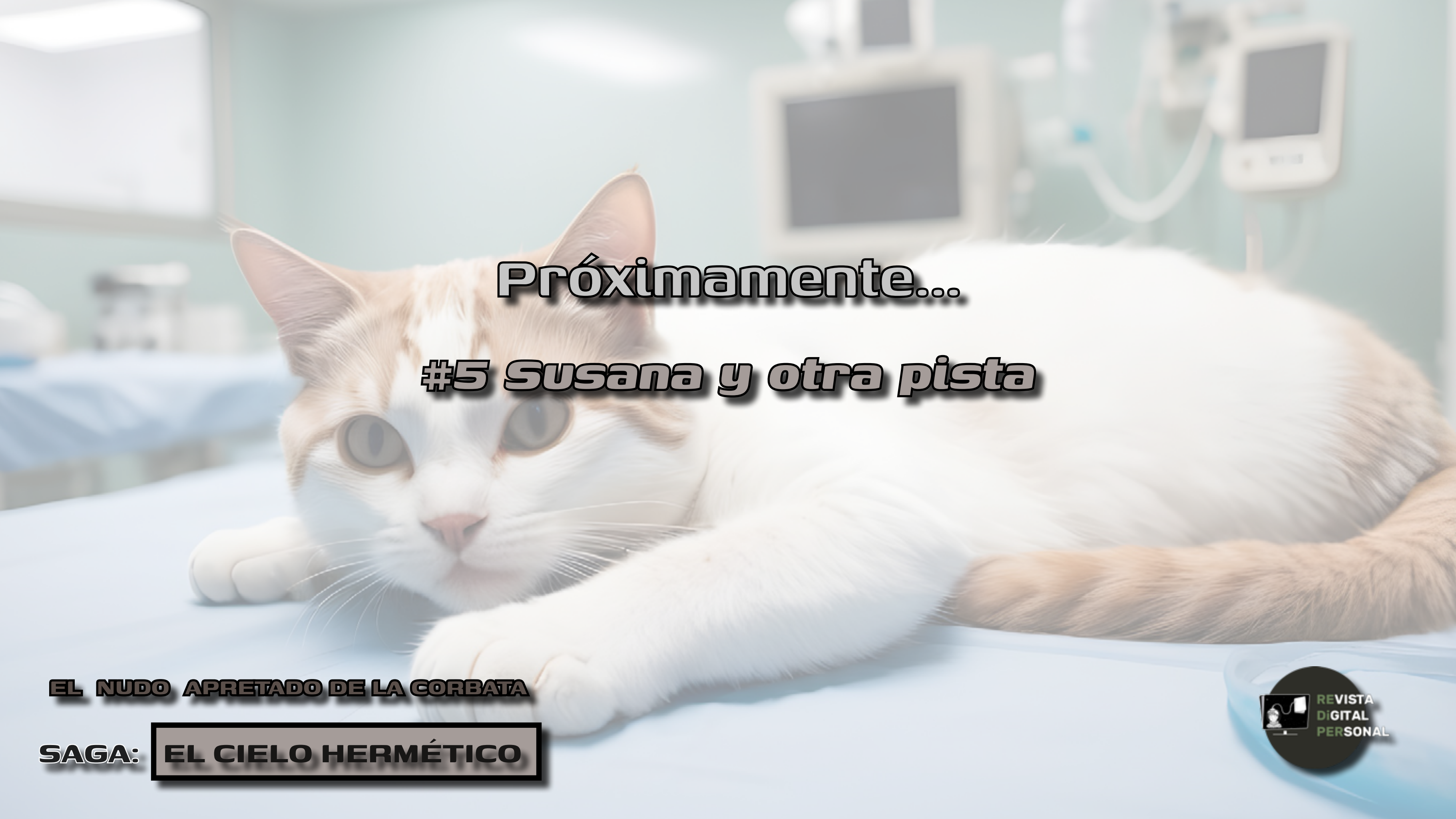
Rediperooficial

 rediperooficial.com

 rediper revista digital personal

 rediperooficial

 REDIPER Revista Digital Personal



Próximamente...

#5 *Susana y otra pista*

EL NUDO APRETADO DE LA CORBATA

SAGA: EL CIELO HERMÉTICO

